

LA FAMILIA FUERTE, EL FUEGO ARDIENTE Y EL FRUTO ABUNDANTE

Hay momentos en la vida de la iglesia que no llegan con ruido ni con anuncios especiales, pero traen consigo una oportunidad profunda de renovación. Este es uno de esos momentos.

Mientras los días siguen su ritmo normal, Dios continúa llamando a Su pueblo a algo más que una vida de rutina espiritual. Su voz vuelve una y otra vez al lugar más cercano e importante: el hogar.

Antes de pensar en actividades, programas o eventos, vale la pena mirar hacia adentro. ¿Qué está pasando en nuestras casas? ¿Qué tipo de fe se está formando en nuestras familias? La vida espiritual de la iglesia siempre tiene su raíz en el hogar. Lo que sucede en casa termina reflejándose en todo lo demás.

Por eso, pastores, líderes, ministros y miembros compartimos una responsabilidad importante: cuidar la vida espiritual en el hogar. Cuidar lo que se enciende o lo que poco a poco se apaga.

Dios continúa en la búsqueda de familias que le den el lugar que solo a Él le corresponde en su día a día. Familias que viven la fe más allá de la apariencia y de la costumbre, y que caminan con sinceridad delante de Él.

Este llamado es para toda la iglesia. No debe limitarse a pastores, líderes o a un grupo selecto. Cada hogar está llamado a convertirse en un lugar donde la presencia de Dios habita y desde donde nace una transformación que crece y se extiende.

Desde esa realidad nace una invitación clara a mirar el corazón, fortalecer la familia, reavivar la presencia de Dios y vivir de tal manera que el fruto se note. La pregunta es inevitable: ¿qué estamos dispuestos a entregar a Dios para que Él tome el control real de nuestros hogares?

Dios nos llama a vivir al máximo en lugar de solo momentos espirituales aislados. Su deseo es formar en nosotros un proceso completo que dé como resultado una familia fuerte, un fuego ardiente y un fruto abundante.

I. UN MOMENTO FRENTE A DIOS

Hay momentos en lo que todo se detiene en el hogar. Se apagan las distracciones y el corazón queda frente a Dios tal como es.

En esos momentos surgen preguntas que no debemos pasar por alto:

- ¿Estamos buscando a Dios como familia o solo repitiendo una costumbre?
- ¿En qué momento la oración perdió su lugar en la casa?

- ¿Qué o quién está influyendo en nuestras decisiones diarias?
- ¿Qué presencia llena realmente nuestro hogar?
- ¿Qué estamos dejando como legado espiritual?

Estas preguntas tienen el propósito de abrir un camino nuevo, no se hacen para humillar ni acusar. Es hermoso entender que, cuando Dios confronta, no lo hace para herir ni rechazar, sino para restablecer con amor lo que se ha dañado.

II. LA FAMILIA FUERTE

Dentro del hogar se llevan a cabo realidades que muchas veces no se ven, pero que forman la vida de una familia. Una familia fuerte no aparece de un día para otro. Se construye en lo sencillo. En una oración breve antes de dormir. En una conversación honesta. En decisiones tomadas con respeto hacia Dios.

Hechos 2:42-47 describe la vida de la iglesia en sus primeros días. La Palabra dice que perseveraban en la enseñanza, en la comunión, en la mesa compartida y en la oración. La vida y la fe no estaban separadas. Dios era el centro de todo.

En ese ambiente, los hijos aprenden más de lo que ven, que de lo que se les dice. Descubren si la fe es real o solo un momento aislado. Cuando la Palabra de Dios llena el hogar, las decisiones toman otro rumbo. Cuando la oración forma parte de la vida diaria, el ambiente cambia.

Pero, cuando Dios deja de ocupar ese lugar central, otros elementos toman su espacio. La prisa comienza a dirigir los días. Las preocupaciones pesan más. Las emociones influyen en decisiones importantes. Y poco a poco, el hogar pierde claridad. Por eso, una familia fuerte no es la que nunca enfrenta dificultades, sino la que reconoce cuándo algo se ha debilitado y vuelve a Dios una y otra vez como su fundamento y su dirección.

III. EL FUEGO ARDIENTE

Hay momentos que cambian todo en un instante. Un grupo de personas reunido, esperando sin imaginar lo que está por suceder. De pronto, todo cambia. El cielo irrumpe y la presencia de Dios llena el lugar.

Eso ocurrió en Pentecostés. La Escritura lo describe así: ***“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio... y fueron todos llenos del Espíritu Santo”*** (Hechos 2:1-4).

No fue una emoción momentánea. Fue el inicio de una vida completamente transformada por el Espíritu Santo. Ese mismo fuego no quedó en el pasado. Sigue

disponible hoy. El fuego de Dios alcanza lo profundo del corazón. Quita lo que estorba. Enciende lo que se apagó. Trae claridad donde antes había confusión.

Una vida encendida no vive de lo superficial. Busca a Dios con sinceridad. Responde a su voz. Vive sensible a Su presencia. Cuando ese fuego se debilita, todo cambia. La fe se vuelve rutina. Las palabras pierden peso. El corazón se enfría. Por eso el llamado es urgente. No para producir emoción, sino para volver a la presencia de Dios hasta que el corazón vuelva a arder.

IV. EL FRUTO ABUNDANTE

“Recibirán poder cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo, y me serán testigos...” (Hechos 1:8). Esa promesa muestra que el Espíritu Santo no solo llena, también da propósito.

El resultado de una vida transformada se nota. Se ve en el hogar, en la forma de hablar, en la manera de responder bajo presión y en las decisiones cuando nadie está mirando. El Espíritu Santo no llena nuestras vidas sin propósito. Él da fuerza a los testigos que reflejan a Cristo en lo cotidiano.

El fruto aparece en lo sencillo y se expresa en la paciencia en medio del conflicto, en el amor en momentos difíciles y en la sabiduría al tomar decisiones importantes. Ese fruto también bendice a otros. Una familia que vive para Dios impacta a quienes la rodean. Su vida habla sin necesidad de muchas palabras.

Ese fruto permanece. No depende de circunstancias. Deja huella en los hijos, en los amigos y en la iglesia.

CONCLUSIÓN

La voz de Dios se hace presente y toca la realidad de cada hogar, de cada persona y de cada decisión cotidiana. Dios nos sigue llamando con paciencia y con propósito. Su invitación nos conduce a una vida rendida y a una relación viva con Él.

Hoy tenemos una oportunidad determinante delante de nosotros. Es el momento de decidir qué tipo de familia queremos construir, una familia donde la presencia de Dios permanezca viva en nuestros corazones, donde se mantenga ese fuego que enciende la fe, fortalece el amor y orienta el corazón, y qué fruto queremos ver crecer en el futuro.

Lo que sembramos en casa no se queda en casa. Con el tiempo se refleja en la iglesia, en la comunidad y en las próximas generaciones. Cuando la respuesta es sincera y firme, el fruto se hace evidente. Hay hogares restaurados, vidas encendidas y una generación transformada por el poder de Dios.

Y todo esto nos lleva a una pregunta final que nos une a todos: **¿qué es lo que Dios quiere para nosotros y para nuestros seres queridos?** La respuesta se resume en lo que Él mismo forma en medio de Su presencia: **una familia fuerte, un fuego ardiente y un fruto abundante que da testimonio de Su obra en nosotros.**